

Sujeto y resistencia*

Subject and resistance

María Cristina Machado Toro**

Profesora de la Escuela de Ciencias Sociales

Universidad Pontificia Bolivariana, Colombia

Resumen

Hablar de época contemporánea significa reflexionar sobre los cambios y las transformaciones en la esfera tanto social como subjetiva. La época de la globalización, la tecnociencia, la información, ha consolidado a un sujeto capaz de desafiar los saberes existentes y de plantearse nuevos interrogantes y retos. La axiología contemporánea, las nuevas formas del vínculo social, de subjetivación, hacen surgir nuevos intereses, así como problemáticas que exigen la consolidación de un saber particular para su comprensión y abordaje.

Palabras clave: ciencias sociales, cultura, globalización, resistencia, sociedad, sujeto.

Abstract

Talking about contemporary times means reflecting on the changes and transformations in both the social and subjective spheres. This era of globalization, techno-science and information has strengthened a subject capable of impugning the existing knowledge while setting forth new questions and challenges. The contemporary axiology, new forms of social bonds, subjectivity, raise new concerns and issues that require the consolidation of a particular knowledge to their understanding and approach.

Keywords: culture, globalization, Social Science, resistance, society, subject.

Recibido: 27 de octubre de 2009. **Aceptado:** 12 de mayo de 2010.

* El presente artículo se inscribe en el marco de la investigación interdisciplinaria “Las formas de la anormalidad en la época contemporánea, una aproximación desde las narrativas del cine, la poesía y las historias de vida de los habitantes de calle”, adelantada por el Grupo de Investigación de Psicología, el Grupo de Investigación de Familia, el Grupo de Investigación Epimeleia y el Grupo de Investigación Patrimonio y Cultura, adscritos a la Escuela de Ciencias Sociales y a la Escuela de Filosofía, Teología y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana, Colombia.

** mariacmachado@yahoo.com

El sujeto como resistencia al discurso de la ciencia

Para hablar de sujeto es necesario situarse en el contexto propio del nacimiento del concepto en la modernidad, donde el sujeto aparece como un ser racional, capaz de dominar la naturaleza a través del pensamiento y la conciencia. Así, solemos decir que el sujeto es una invención de la modernidad, ya que nace del *cogito* cartesiano, ese sujeto racional del cual la ciencia se apropió para devolverle al hombre su lugar central como Amo del conocimiento, y quien más tarde se convertiría en objeto de estudio en el marco de la ciencia misma, invirtiendo su posición, no apareciendo ya como ser en la razón, sino como aquello que justamente escapa a esta.

La construcción y deconstrucción del sujeto ha sido un tema que ha ocupado a la filosofía durante siglos. La concepción del sujeto racional fue discutida y rebatida por aquellos que proponían un más allá de la razón en el corazón del ser del hombre.

La modernidad plantea el ideal de progreso, basado en la implementación de la razón instrumental (Mardones, 1991, p. 30), la formalización de la vida y la objetivación del ser humano, lo que se cristaliza en el ideal del positivismo científico, donde comienza a abolirse de los intereses del conocimiento todo lo referente al acontecimiento de la vida, como experiencia inobjetable que escapa a los parámetros de medición.

De esta manera, aquello que se inscribe por fuera de los estamentos de la razón y de la conciencia queda por fuera de los intereses de la ciencia, en un momento en que los saberes sobre el hombre se imponen, consolidando lo que conocemos como ciencias humanas y sociales.

El discurso de la ciencia se convierte en el mayor aliado de las ideologías de poder (Braunstein, 1994, p. 14), las cuales buscan mantener el orden y el con-

trol de un sistema que no acepta dentro de su engranaje las particularidades de los seres humanos. Es así como la ciencia en la época contemporánea deja de ser el recurso del hombre para producir conocimiento, y pasa a ser una herramienta para la tecnificación del mundo, herramienta para el dominio de la naturaleza y del hombre mismo.

De esta manera, parece encontrarse una constante que se devela desde las diferentes áreas de conocimiento y que lleva a suponer que la ciencia se convierte en la institución que avala las estructuras de poder, la reconstrucción mecánica del hombre y las formas estandarizadas de la cultura, de donde se escapa un sujeto particular que resiste a la lógica del discurso imperante. De este modo, puede verse cómo el sujeto queda excluido en el ideal de la modernidad, y se convierte en aquello innombrable e inabordable por el discurso científico, en el cual el hombre aparece en su versión de “objeto viviente”, maleable por la técnica, como “máquina de consumo” más que de producción, cuerpo de intercambio entre las leyes del mercado.

Es entonces cuando en la posmodernidad comienza a aparecer un nuevo sujeto, diferente al establecido por Descartes a comienzos de la modernidad; un sujeto determinado por el universo simbólico, por un deseo insaciable, poseedor de un alma motivada más por sus pasiones que por la razón. Así, en la posmodernidad, el sujeto aparece como error dentro de las cifras de lo cuantificable, como la dislocación y malentendido de las leyes del lenguaje, como residuo de los procesos de la cultura.

En el intento de restaurar su lugar dentro del campo del conocimiento, en el siglo XIX, a partir de las obras de pensadores como Nietzsche, Marx y Freud, se comienza a plantear una nueva concepción de

sujeto; un sujeto que rebasa las esferas de la conciencia, que atraviesa las estructuras de poder y subyace a estas, que se desliza por entre las representaciones del mundo sensible, escapando a los ideales de la cultura. En este punto es donde emerge la necesidad de seguir las vías de construcción de un nuevo concepto, nuevo para una época particular que refiere formas particulares de ser en el mundo.

El sujeto que emerge en la posmodernidad es entonces quien habla, quien denuncia su inconformidad frente al intento de homogenización, presente en el discurso imperante, el cual busca, incluso, unificar las formas de gozar de los seres humanos. Es el sujeto quien hace resistencia al discurso del Amo (Lacan, 1992, p. 29), a través de nuevas formas del síntoma, nuevos fenómenos sociales, que denuncian su posición frente a sí mismo y frente al otro.

Así, en primer lugar, encontramos a un personaje construido a partir de la virtualidad, el cual habita un ciberespacio sin límites fijos y es capaz de transgredir todo tipo de leyes al estar encubierto por la pantalla. Un individuo consistente que escapa al malentendido del lenguaje a través de códigos fijos capaces de suprimir lo insoportable de la diferencia.

De este modo, comienza a encontrarse dentro de la “sociedad de la información” (Castells, 1998) la proliferación de redes que sirven al intercambio con los seres más lejanos, fenómeno que a menudo se ve acompañado de la ruptura de la comunicación con aquellos más próximos, se establecen lazos sociales mediados por los objetos que la tecnología ofrece como herramientas necesarias para el diario vivir.

La comunicación deja de ser ese recurso para la construcción de la vida común, y queda reducida a la transmisión de información unilateral, que obtura la respuesta del otro, lo cual la convierte en un arma de poder. Las funciones de informar, educar y entretener de las que hablan las ciencias de la comunicación, se reducen cada vez más a esta última función, donde prima la satisfacción inmediata ofrecida por los medios y se descuida el papel que se tiene dentro de la formación de seres críticos capaces de proponer nuevas formas para la vida pública¹.

Asimismo, en lugar de los grandes ideales que antes sustentaban la cultura, se consolidan nuevos valores que fundamentan una ética basada en el cumplimiento de mínimos sociales o en una ética relativista, justificada en muchas ocasiones por un supuesto respeto por la subjetividad, la libertad e, incluso, la diferencia, lo cual se vuelve paradójico, pues a través del reconocimiento del otro es que realmente se puede hablar de un proceso de subjetivación, y es a partir de este reconocimiento del otro que el sujeto puede asumir una posición ética diferente.

En la *era del vacío*, de acuerdo con Gilles Lipovetsky (2007), se impone la cultura del “hedonismo”, lo cual no deja de sorprender, cuando se sabe de los altos índices de depresión, de trastornos de ansiedad, de conductas adictivas, las cuales denotan la aparición de la angustia y del malestar de nuestro tiempo, contrario a la esperada satisfacción ofrecida por los objetos del mercado.

A la par con las instituciones, que parecen resquebrajarse con su reproducción masiva y veloz, los vínculos sociales, que eran el soporte de la sociedad, aparecen más frágiles cada vez, y así el sujeto queda confinado a la soledad, sin desconocer todas las nuevas formas de la ideología, ofrecidas por el discurso imperante y que crean la ilusión de habitar un lugar común.

Sujeto posmoderno y lazo social

La era de la información, de la tecnociencia, enmarcada en el discurso del capitalismo, supone grandes avances y progreso para el hombre; sin embargo, surge como paradoja la tendencia al individualismo, que si bien refleja la “autonomía” de los seres humanos, puede ser un factor que, a su vez, revela la tendencia del hombre a desarticularse del lazo social.

Pensar al ser humano como un ser social por naturaleza, lleva a pensar en el *ser político* Aristotélico (Arendt, 1993, p. 37), el cual ha generado a través de la historia una de las más prolíferas discusiones, dando pie al surgimiento de múltiples teorías dentro de los grandes sistemas filosóficos ocupados de pensar la ética, la moral, el fenómeno social y la condición humana en general.

De igual manera, si se concibe al hombre como un ser bueno —que llega a ser parte de instituciones

1 Véase Cortina Adela, Amartya Sen y Manuel Castells, 2003

sociales preestablecidas— o como un ser egoísta y feroz —que se sirve del otro sólo para su supervivencia—, encontramos en la modernidad la pregunta fundamental por la naturaleza del ser humano y su relación con el grupo social.

Es entonces cuando debemos recordar que el ser humano nace y es parte de la naturaleza, que es un organismo viviente, un animal indefenso y dependiente. A partir del momento en que ese organismo queda capturado en las redes del lenguaje, se puede comenzar a hablar de un sujeto, sujeto esencialmente ligado a un otro.

Sujeto y sociedad son dos entidades indivisibles desde su misma concepción, ya que no hay un sujeto sin otro, ni un otro sin el sujeto que le dé existencia. Estos dos factores constituyen lo que conocemos como cultura. Es posible ver entonces que la cultura y sus manifestaciones cambian constantemente, a la vez que van cambiando las formas en que los sujetos se relacionan y establecen nuevas formas de lazo social. Los discursos —entendidos como la formalización de los diferentes modos de relación entre el sujeto y el otro (Machado, 2008 p. 48)— son los que aparecen como entidades reguladoras del vínculo social.

Hemos señalado que nuestra época está caracterizada por un discurso particular: el discurso capitalista, el cual no está referido solamente a una estructura económica, sino que se inscribe como un agente promotor de nuevos procesos a nivel político, cultural e ideológico. A menudo, dichos procesos se presentan como movimientos mundiales, como es el caso de la globalización, el Tratado de Libre Comercio, entre otros, los cuales afectan positiva o negativamente la sociedad y, por lo tanto, a los sujetos que la conforman. De igual manera, la primacía de la dialéctica producción-consumo repercute directamente en el cambio de valores hacia lo útil, lo práctico, lo ligero, lo fácil, lo cual se presenta como otro de los efectos del discurso en la sociedad contemporánea.

La noción de sujeto, que es igualmente alimentada por concepciones políticas y éticas, supone en su estructura la ligazón esencial al otro que le da consistencia y lo impulsa a tomar posiciones dentro del lazo social; sin embargo, con lo que nos encontramos en el discurso de la época no es precisamente

con un sujeto responsable frente a su semejante, sino más bien con un sujeto enmarcado en un proceso de individualización (Girola, 2005, p. 149), lo que lo sitúa en una posición particular respecto al otro y a sí mismo.

Al cambiar la cultura, la estructura social y la concepción del sujeto en nuestro tiempo, son muchos los interrogantes que se abren dentro del campo de las ciencias sociales acerca de su objeto de estudio, así como de sus métodos y estrategias para abordarlo. Así pues, el lazo social de nuestra época, inscrito en el discurso del capitalismo, hace que la reflexión sobre la sociedad y el sujeto contemporáneo tenga que atravesar dicho orden, ya que este determina las nuevas formas de relación entre los seres humanos.

Querer introducir de nuevo al sujeto dentro de los discursos contemporáneos, no es vano. La ciencia, la tecnología y la tendencia hacia la globalización son, sin duda, factores que determinan el orden social; es necesario introducir al sujeto y sus particularidades, para pensar las incidencias y los efectos reales de estos procesos sobre la sociedad.

El debilitamiento de la estructura del Estado y de las instituciones sociales primordiales, como la familia, la escuela y la Iglesia, es una clara muestra de que nos enfrentamos a una nueva forma de dinámica social. Si bien las instituciones ordenaban y ejercían un papel socializador, hoy, con su eclosión y su multipluralidad, se hace necesaria la pregunta por el nuevo orden social, así como por la preservación de estos sistemas estructurales. ¿Cómo gobernar y cómo educar?, y más aún, ¿cómo preservar la familia y el lazo social mismo?

Tanto el lazo social como las formas de vida se han ido transformando en un mundo que, sin dejar de sorprendernos, rebasa los límites del asombro y el miedo. Sin lugar a dudas, nos maravillamos ante los hallazgos científicos y técnicos de los cuales hoy en día dependemos. Revolucionarios descubrimientos en la medicina renuevan cada día la esperanza de aquellos que hace algunas décadas estaban desahuciados, mientras que las alarmas se encienden al ver que cada día aparecen nuevos casos de suicidio, depresión y todo tipo de conductas que denuncian el



María Fernanda Ramírez Corredor
Conociendo las comparsas
 Agosto de 2009. Altos de la Florida,
 Bogotá D.C., Colombia

desarraigo y la renuncia a la preservación de la vida, lo cual puede leerse como una de las formas de resistencia más radicales del sujeto contemporáneo.

En medio del caos organizado, las ciencias de la información se desarrollan a tal punto que parecen tomar el control del desarrollo social y cultural de nuestra época. El hombre se mueve a tan alta velocidad que devuelve a su imagen la omnipotencia y soberbia que hace algunos siglos había perdido. Las pantallas que deslumbran desde el celular, el computador, el televisor, crean una realidad mágica y perfecta que nos libera de la incomodidad de enfrentar el desencuentro y el malentendido propios de las relaciones humanas. Ese “amor líquido”, del que habla Zygmunt Bauman (2005), navega por la red más rápido que por la mente de los hombres. “Aquello que debía permanecer en lo oculto, sale a la luz” (Freud, 1979, p. 225), tratando de satisfacer el goce de una gran masa de espectadores que olvidan sus desgracias al recrear las desgracias ajenas. Las nociones de lo público y lo privado se han trastocado, como ya lo había sentenciado Hannah Arendt en su texto *La condición humana* (1993, p. 38-95). La sexualidad, la fragilidad y el deterioro de los vínculos sociales se venden como productos de la gran industria del entretenimiento. El cuerpo se fabrica como un objeto más, dispuesto a entrar en las ofertas del mercado, y se convierte así en el ins-

trumento ideal para situar al hedonismo como valor fundamental de nuestro tiempo, el cual se enfrenta a la dura oposición que desde la anorexia, la bulimia y demás formas del síntoma contemporáneo el sujeto ejerce.

La ruptura con el otro y la hipervaloración del placer no dejan de causar inquietud por las evidentes paradojas que encierran, encontrando que en la vida cotidiana lo que se observa es el exceso desenfrenado de una pasión mortífera, recubierta por la pantalla de una realidad virtual donde la oferta incesante de objetos intenta colmar infructuosamente el deseo. Lo expresado no solo nos llega como una idea que cuestiona los alcances de la ciencia o los valores estéticos y éticos de la cultura, sino que apunta de manera directa a cuestionar nociones como el amor, el deseo y el trabajo, piezas que en otros tiempos fueron los pilares de la construcción social.

En un mundo donde los medios de comunicación construyen la realidad humana, parece comprobarse cada vez más la tesis que desarrolla Victoria Camps en su texto *Las paradojas del individualismo* (1999, pp. 125-137), del cual se puede inferir que en el marco de una sociedad de incomunicados, donde se iza la bandera de la autonomía, el hombre por fin se mira a sí mismo y decide elegir; sin embargo, cuando da el paso que marca su propia satisfacción, cae fácilmente en el pozo que lo separa del otro.

La ciencia, la técnica y los *mass media* son otras formas de la cultura que en el afán de ofrecerle al hombre la satisfacción completa, la eterna juventud y la felicidad, ocasionan un borramiento del sujeto en cuanto ser particular y diferente que intenta ubicarse fuera de la homogenización impuesta por el discurso. Es así como el discurso capitalista, en su afán de suturar la falta de sujeto, atenta contra el vínculo social mismo y, podríamos decir, contra la cultura, pues ella es el producto de la relación simbólica entre los seres humanos.

El eclipse del sujeto trae consigo la abolición del juicio moral frente a los actos, lo cual conduce a una postura relativista en la que todo vale, y los ojos con los que se mira parecen multiplicarse, atrapándonos en un laberinto panóptico instalado en nuestras pupilas.

En tratados de libre comercio, de inserción en la aldea global, la sociedad toma un tinte progresista que va palideciendo en la descomposición social que se refleja dramáticamente en la familia, la educación y la cultura. Las instituciones que antes servían para el mantenimiento de un orden social, parecen resquebrajarse cada vez más. Se plantea entonces la necesidad de pensar las vías por medio de las cuales el sujeto pueda mantener la relación con un otro, y preservar así el lazo social. Esto implica construir estrategias que apunten a la preservación de las instituciones socializadoras, indagando por el rol que hoy están llamadas a asumir.

Nuestra sociedad es, sin lugar a dudas, la sociedad de la ambivalencia y la incertidumbre (Bauman, 2001, p. 143), y está llena de posibilidades y matices que no dejan de hacernos la pregunta: ¿hacia dónde vamos? ¿A dónde llegaremos? Los pesimistas auguran el fin; los optimistas no dejan de ver el cambio en aras del progreso, y algunos, que no pueden situarse ni en un lado ni en el otro, esperan con ansias el justo medio que llega después de toda crisis.

Dentro de consignas como los derechos humanos, el libre desarrollo de la personalidad, la autoestima, el respeto a la diferencia, entre otras, comenzamos a hablar de responsabilidad social, esperando quizás que, con el paso del tiempo, esto no sea una palabra vacía, sin sentido, como lo han sido los demás emblemas que hoy sirven de tabla de salvación para los que saben que sus actos transgreden la frontera entre su propio beneficio y el del prójimo.

Las ciencias sociales frente a una nueva sociedad

Es posible ver que una de las pasiones que caracteriza a nuestra cultura es “[...] la pasión de la ignorancia” (Lacan, 1993, p. 147); esta es, precisamente, un rechazo al saber, un no querer saber del otro que encarna la alteridad, hasta el extremo de desaparecer al otro, en el pretendido afán de borrar su diferencia.

En este contexto, la universidad está llamada a actuar. La universidad debe ser el centro a partir del cual se comience a generar un deseo de saber, en lugar de perpetuar esa pasión de la ignorancia que cada día gana más terreno en nuestra sociedad. La universidad es un espacio para la discusión abierta, donde el saber se construye, para generar, a su vez, cambios en la cultura en que está inscrita.

Las ciencias sociales y humanas están llamadas a volver la mirada sobre sus fundamentos epistemológicos. La urgencia que aparece dentro de este campo es la suspensión de las disputas entre corrientes, disciplinas, áreas de saber, que se han ocupado sobre todo de reafirmar su cientificidad y su pertinencia frente al discurso científico, descuidando la pregunta por el ser humano, sin dar cabida a un diálogo interdisciplinario que permita la realización de un trabajo conjunto, efectivo en la sociedad.

Cada vez se hace más necesario en las ciencias sociales y humanas el fortalecimiento de propuestas académicas e investigativas dirigidas a pensar las problemáticas de la sociedad contemporánea que están ligadas a las características particulares del sujeto. Así, en medio de la tendencia al individualismo con su consecuente ruptura del vínculo social, se plantea un nuevo reto al pensar las ciencias sociales como gestoras de desarrollo en las sociedades modernas. El profesional que se forma en este campo está llamado a conocer la realidad en que actúa, trascendiendo el saber, el hacer y el ejecutar, para construir propuestas que apunten al progreso de la humanidad, y poderse reconocer, a su vez, como un sujeto que, si bien está inscrito dentro de un discurso particular, debe ser responsable de sus acciones frente a sí mismo y frente a la sociedad.

Referencias bibliográficas

- Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Bauman, Zygmunt. *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Bauman, Zygmunt. *La postmodernidad y sus desencuentos*. Madrid: Akal, 2001.
- Braunstein, Néstor et al. *Psicología, ideología y ciencia*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1994.
- Camps, Victoria. *Las paradojas del individualismo*. Barcelona: Crítica, 1999.
- Castells, Manuel. *Era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza, 1998.
- Freud, Sigmund. "Lo ominoso". *Obras completas*, vol. 17. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Girola, Lidia. *Anomia e individualismo. Del diagnóstico de la modernidad de Durkheim al pensamiento contemporáneo*. España: Anthropos, 2005.
- Lacan, Jacques. *Seminario 17: el reverso del psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1992.
- Lacan, Jacques. *Seminario 20: aún*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío: ensayo sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- Machado, María Cristina. *La función del objeto a y la lógica del análisis*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2008.
- Mardones, José María. *Filosofía de las ciencias humanas y sociales*. Barcelona: Editorial Anthropos, 1991.

Bibliografía complementaria

- Cortina, Adela, Amartya Sen y Manuel Castells. *Construir confianza ética de la empresa en la sociedad de la información y las comunicaciones*. Madrid: Trotta, 2003.
- Lacan, Jacques. "La ciencia y la verdad". *Escritos 2*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1985.
- Lyotard, Jean-Francois. *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra, 2006.